

apartar de nuestro espíritu la imagen presente del peligro. Nos dormimos con estas tristes reliquias de religion, por decirlo así, como si ellas pudieran salvarnos del naufragio, y las obras cristianas que debieran ser la prenda de nuestra salud, vienen á ser motivo de nuestra eterna perdicion.

¡Oh-Señor! ilustrad á estas almas engañadas, si es que entre las piadosas personas que me escuchan hay alguna de este carácter. No permitais que la misericordia que liberta, que salva, que purifica, se mude nunca para nosotros en camino de perdicion y de escándalo. Defended vos mismo de las ilusiones de la concupiscencia á una virtud que tan amable nos han hecho vuestros santos libros, y al mismo tiempo que nos dais un corazon misericordioso y compasivo de las miserias de nuestros prójimos, dadnos tambien un corazon cristiano que no sepa ni disimular ni perdonar sus propias miserias.

No quiero hablar de la tercera regla, que consiste en cuidar de que no se halle ningun fin humano en la intencion, y que el fin de los hombres oculto en lo íntimo de nuestros corazones y casi imperceptible á nosotros mismos, no nos haga perder en la presencia de Dios todo el mérito de la misericordia.

Acabo solamente con deciros con San Agustin: Aquí estais en la presencia de Dios; preguntad á vuestro corazon: *Ante Deum es, interroga cor tuum.*<sup>1</sup> No os pareis en la superficie de vuestros deseos que os engañan, no presentándoos cosa que no sea digna de alabanza; llegad á la raiz, sondead los caminos mas secretos, *intus vide,*<sup>2</sup> y mirad allí lo que hasta ahora habeis hecho y cuáles han sido los

1 S. August.

2 Ibid.

verdaderos motivos, por mas ocultos que estén en el corazon: *Vide quid fecisti, et quid appetisti.*<sup>1</sup> Mirad si las obras ocultas que no tienen mas testigo que la invisible vista del Padre celestial, despiertan tan vivamente vuestro celo, como las públicas que están expuestas á la vista y alabanzas de los hombres: *Vide, etc.* Mirad si en aquellas cuyo resplandor es inevitable os contentais con que se olviden de vosotras, con que os confundan con la multitud de las personas que en ellas se ejercitan, y si se resfria vuestra caridad cuando no os tributan los primeros honores: *Vide, etc.* Mirad si los piadosos ejercicios que el mundo reprueba os hallan con alguna indiferencia, y si apreciáis menos las obras que no tienen la aprobacion de los hombres: *Vide, etc.* Mirad si os mueve la felicidad que de ellas resulta y si os valeis de vuestro ingenio para atribuir la gloria á los otros: *Vide, etc.* Mirad, finalmente, si solo tenéis presente á Dios en vuestras acciones, si en éstas no haceis caso de los hombres, si estais igualmente contentas con que Dios sea glorificado tanto con los oprobios que padecéis, como con la fama que adquirís; si buscáis vuestra salvacion ó una gloria vana: *Vide quid fecisti, et quid appetisti, salutem tuam, an laudem humanam.*

¡Gran Dios! exclama este santo padre; ¡cuántas obras santas con las que contábamos acá en la tierra serán despreciadas algun día cuando venga el Señor á juzgar las justicias? Cuando creíamos parecer en su presencia con las manos llenas, ¿cuántos frutos de caridad se hallarán inficionados por el oculto gusano de una vana complacencia? ¿y qué poco será lo que nos quede, cuando dejándonos el Juez de nuestras obras por propias nuestras para toda la

1 Ibid.



eternidad solamente las que hayan sido frutos y dones de su gracia, nos despoje de todas aquellas que le pertenecen al parecer, pero que eran puramente de nosotros mismos? No creais, señoras, que las reglas de la fe en orden á los oficios de caridad que acabo de exponer y que al parecer piden precauciones tan penosas, sean capaces de disgustar á las almas fieles de estos piadosos ejercicios. Al contrario, no hay cosa mas propia para mantener la virtud, avivar el celo y consolar la piedad y la misericordia, porque lo que yo digo es que estos ejercicios santos son obligaciones; que no debeis mirarlos como obras de supererogacion, y que la misericordia es la virtud mas necesaria para los que nacen entre las riquezas. ¿Qué cosa mas persuasiva para animaros á que la ameis? ¿por ser precepto de Jesucristo puede perder algo de su hermosura? ¿puede ser menos amable á sus discípulos por haber sido la mas amada de su Maestro?

Lo que yo he dicho es, que las obras de misericordia deben ser los remedios diarios de vuestras cuotidianas flaquezas: ¿qué cosa de mas consuelo se os puede decir, que el descubriros en estos religiosos oficios un nuevo manantial de mérito y unos tesoros ocultos que no buscan en ellos la mayor parte de los fieles? ¿qué cosa mas feliz se os puede manifestar, que el enseñaros que estos oficios pueden servir de ejercicios á todas las virtudes que os faltan; que todos vuestros males pueden hallar en ellos su remedio; que la paciencia, la vergüenza, la humildad, la benignidad, el amor de la oracion y del retiro, si quereis, nacerán de la misericordia, y que en una sola obligacion de piedad recogeréis todo el mérito de las demás?

Lo que digo, por último, es, que es necesario tener presente á solo Dios en nuestras acciones, y no haer caso de

la aprobacion ó censura de los hombres. ¿Pero qué son respecto de Dios todos los hombres juntos para que el alma fiel haga caso de ellos? La estimacion de un mundo que desprecia, de quien huye, á quien ha renunciado, ¿podrá parecerla digno premio de las acciones que pueden valerla una felicidad eterna? ¿es acaso entibiar su caridad el enseñarla que el mundo entero no es digno de ella? ¿que solo Dios merece ser testigo de las obras que él solo puede recompensar? ¿y que para asegurarlas basta no buscar mas gloria que la que nunca ha de perecer? El espíritu de la ley no se opone á la ley misma. Cuanto mas se adelanta en la verdad, mas se crece en la caridad, cuanto mas se conoce la ley del amor, mas se ama; el error pierde infaliblemente cuando se le conoce bien, pero la verdad siempre manifiesta nuevos encantos: cuando la veamos como es en sí la amaremos sin tibieza, sin mezcla, sin rodeo y sin inconstancia. Amen.

